



XIX

Iván entró muy temprano en el aposento de Gilberto. Daba pena ver el rostro del pobre siervo. Tenía los ojos enrojecidos é hinchados, y todas sus facciones abotargadas. En todo su semblante se percibía la ensangrentada señal de sus uñas; se había arañado la frente y las mejillas. Avisó á Gilberto que al mediodía el conde Kostia saldría con Vladimiro Paulitch y estaría ausente el resto del día.

—Me dejará aquí para vigilaros y darle cuenta, cuando vuelva, de todo cuanto vea y oiga. Yo no soy malo, pero después de lo que ha pasado, estaríais loco si esperarais de mí la menor complacencia. Mis ojos, mis oídos y mi lengua cumplirán con su deber. Por otra parte, debo poner en vuestro conocimiento que *el barine* está hoy de un humor sombrío. No tiene color en los labios, y pasa con frecuencia su mano izquierda por las cejas, lo que es señal segura de que la tempestad ruge en su alma.

—Querido Iván—contestó Gilberto—yo también estaré

ausente todo el día; como ves, tu oficio de vigilante te será muy fácil.

Iván lanzó un profundo suspiro. Parecíale que le habían quitado una montaña de encima del pecho.

—Veo con satisfacción—le dijo—que os arrepentís de vuestro pecado y que os proponéis ser más cuerdo en adelante. ¡Ah! ¡si mi señorito pudiera dar oídos á la razón, como vos!

—Tu señorito, como le llamas, será tan razonable como yo. Pero hazme el favor de decirme...

—¡Oh! podéis estar tranquilo; su desmayo duró poco. Apenas me acerqué á él, abrió los ojos y me preguntó si estabais vivo todavía. Al oír mi contestación, ha exclamado: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué feliz soy! ¡Vive y me ama!» Al hablar así, ha querido levantarse, pero estaba tan débil que ha vuelto á caer. Entonces le transportó á su lecho y me dijo: «Iván hace cuatro noches que no tiene los ojos...» Al decir esto, se sonrió, y con esta sonrisa, se durmió y así continúa.

—Para que Esteban sea cuerdo—repuso Gilberto—es preciso que se ocupe en algo, que trabaje con las manos y con el entendimiento... Mira, toma esta flor blanca—añadió presentándole la parnasia que había cogido la vispera. —Le dirás, de mi parte, que la pinte hoy en su herbario.»

Y como Iván examinara la planta con aire de desconfianza:

—¡Vé, no temas! No he ocultado en ella ningún billete. Querido Iván, soy hombre de honor, y no retiro jamás mi palabra.

Iván metió la flor en una de sus mangas y se retiró murmurando:

—¿Cómo acabará todo esto? ¡Ah! ¡la Santísima Trinidad nos mire á todos con ojos de compasión, ó de lo contrario, estamos perdidos!

Gilberto salió. Dejando á un lado la loma y sus espesas frondosidades, se dirigió á la carretera y siguió largo rato

las orillas del Rhin. Pasó todo el día andando. Mil pensamientos cruzaban confusamente por su imaginación; pero acababa siempre por decirse á sí mismo:

—¡Perderé mi vida ó salvaré á esa joven!

Cuando el sol empezaba á declinar hacia el horizonte, regresó Gilberto al castillo. Buscó al padre Alejo y le encontró en la capilla. El buen padre había sabido por Iván todo lo acontecido la vispera. Dirigió los más vivos reproches á Gilberto; pero después de haber oído sus explicaciones, dulcificó su lenguaje y en tono gruñón recordó el antiguo proverbio: «Cada cual á su negocio.» —Los bueyes —añadió—han nacido para tirar de una carreta, los pájaros para volar, las abejas para hacer miel; la vocación de Gilberto, leer grandes libros y hacerlos también, la del padre Alejo es edificar y consolar al prójimo. Has querido usurparme el empleo, y has caminado por mis propios surcos. ¿Y qué resultado te han dado tus esfuerzos? Echar á perder mi obra. ¿No habías observado que esa joven estaba mejor, de dos meses á esta parte, que estaba más tranquila, más amable, más resignada? La había sermoneado tanto, que acabó por entrar en razón. ¡Y tú has venido á meterle en la cabeza un necio amorcillo, que os costará á entrambos muchas lágrimas!

Dicho esto, cogiéndole el brazo con fuerza:

—¿Y qué necesidad teníamos, Dios ni yo, de tu concurso? ¿Habías olvidado acaso?... ¡Abre los ojos, y mira! Hoy, hijo mío, hoy mismo he dado la última mano á mi obra magna.

Y, con el dedo, señalábale dos largas hileras de rostros pálidos, rodeados de nimbos de oro, que dos lámparas pendientes de la bóveda iluminaban con misteriosa claridad. Parecido á un general que hace la enumeración de sus fuerzas:

—Mira esas tres barbas blancas—le decía—este es Isaías, este Jeremias y este Ezequiel. Á este lado, los santos guerreros mártires. Ahí están san Procopio, san Teodoro, que

quemó el templo de Cibeles... Su antorcha no está apagada hasta el punto que no pueda volver á brillar... ¿Y estos arcángeles que ves ahí, crees que tienen los brazos entorpecidos y que sus espadas se hayan dormido para siempre dentro de la vaina?

Al llegar aquí de su relación, cayó de rodillas.

—¡Y vos, santa Madre de Dios, permitid á vuestro humilde siervo que os pida el cumplimiento de vuestra promesa! ¡Aparezca al fin vuestra augusta diestra! ¡Que al ver el fruncimiento de vuestras cejas se cumpla un misterio de llanto y terror en los corazones empedernidos! ¡Vean los orgullosos abatida su cerviz, y su altanera cabeza inclinada por el soplo de vuestros labios como por el viento de una tormenta, llegue hasta el suelo y barra con su cabello el polvo de este atrio!

En este instante se oyó una voz, que gritaba:

—Padre Alejo, padre Alejo, ¿dónde estáis?

El sacerdote palideció y tembló. Intentó en vano levantarse; una de sus rodillas permaneció clavada en el suelo.

—¡Ah! ¡hijo mío!—exclamó—¿no has oído una voz celeste que me llamaba?

Pero, ayudándole Gilberto á levantarse, le dijo, con triste sonrisa:

—Esa voz nada tiene de divina. Tiene un acento provenzal muy pronunciado, y si no me engaño, es la del cocinero Jazmín, que está en el patio con una linterna en la mano y viene á buscaros.

—Quizá tengas razón—contestó el buen padre moviendo la cabeza y pasándose la mano por la frente bañada en sudor.—Vamos á ver qué nos quiere el buen Jazmín. Tal vez me trae la comida: no obstante de que yo le había prevenido que hoy me proponía ayunar.

No bien se presentaron en la puerta de la capilla, cuando Jazmín corrió hacia ellos y dijo al capellán:

—Padre mío, no sé qué le habrá sucedido á Iván, pero hace un momento, cuando he entrado en su cuarto para

llevarle la comida, le he encontrado tendido en su lecho. Le he llamado y le he sacudido, sin lograr despertarle.

Un estremecimiento general agitó el cuerpo de Gilberto. Cogiendo la linterna de Jazmín, echó á correr y en dos segundos se encontró al lado de Iván. Jazmín había dicho la verdad: el siervo dormía un sueño profundo y pesado. Á fuerza de tirarle del brazo, Gilberto consiguió hacerle abrir los ojos; pero en seguida los cerró y volviéndose hacia la pared siguió durmiendo á más y mejor.

—¡Indudablemente le han administrado un narcótico!—dijo Gilberto al oído del padre Alejo, que acababa de reunirse con él.

Y dirigiéndose á Jazmín, que había seguido al capellán:

—¿Ha venido álguien aquí, después del almuerzo?

—Sí señor—dijo el cocinero.—El doctor Vladimiro ha vuelto de paseo, á eso de las cinco, lo cual no ha dejado de sorprenderme, porque el conde Kostia me había prevenido antes de partir que hoy comería solo aquí el señorito Esteban.

—¿Y actualmente el doctor está en el comedor?

—No señor, no ha querido comer. Me ha dicho en tono de broma, que dentro de poco asistiría á un banquete en el otro mundo.

—Pero ¿dónde está? ¿En su gabinete?

—Al cabo de dos horas, ha vuelto á salir en compañía del señorito Esteban.

—¿Y hacia qué lado han ido?—gritó Gilberto, sacudiéndole violentamente el brazo.

—¡Ah! ¡cuidado, señor! ¡cuidado! ¡que vais á dislocarme el brazo!—contestó el corpulento provenzal.

—Jazmín, mi buen Jazmín, contéstame: ¿á dónde han ido?

—¡Ah! ya recuerdo; se han encaminado hacia el bosque.

Gilberto echó á correr. En vano el padre Alejo le gritaba:

—Aguárdame, hijo mío, yo te acompañaré. Soy un buen consejero...

Sus palabras se las llevaba el viento. Gilberto estaba ya en el bosque.

Descubierta la cabeza, falto de aliento, corría á más no poder. Había anochecido, y la luna empezaba á platear los follajes que se movían á impulsos del aire. Gilberto no veía los argentinos resplandores del nocturno astro, ni oía los suspiros del viento. Sólo oía á lo lejos un ruido de pasos que se iba amortiguando, y no veía más que una nube de sangre que flotaba ante sus ojos y le indicaba su camino; el único pensamiento que preocupaba su espíritu en tinieblas, era éste:

—No he comprendido á ese hombre; lo que me proponía ayer, era una alianza ofensiva. ¡No he querido vengarle, y se venga por su mano; un siervo ruso que se venga es capaz de todo!...

Y corría, corría siempre, y hubiera corrido hasta el fin del mundo, si, en uno de los recodos del camino, no hubiese divisado de pronto, á algunos pasos de él, á la claridad de la luna, á Estefanía inmóvil y en pié. Detúvose Gilberto, extendió los brazos y exhaló un grito. Ella se estremeció, se volvió y corriendo hacia él:

—Gilberto—exclamó—¿me amas?

Este, por toda contestación, la estrechó contra su corazón, y divisando en aquel momento al doctor Vladimiro, que estaba sentado en el borde de una zanja, con la cabeza entre las manos:

—¡Este hombre aquí, con vos!...—balbuceó.

—Ignoro—dijo ella con voz trémula—si ese hombre es un loco ó un malvado; lo que sí es cierto, que morirá, porque se ha envenenado.

—¿Qué decís?—exclamó Gilberto contemplando con ojos extraviados el sombrío semblante del doctor, que la luna iluminaba de lleno—¡ah! ¡por favor! explicadme!...

—¿Qué sé yo?—dijo Estefanía—desde anoche, creo estar soñando. Sin embargo, pareceme que este hombre ha venido á buscarme á mi aposento. Había tomado la precaución de adormecer á Iván... Yo me moría de tristeza, y me ha persuadido de que vos, Gilberto mío, me aguardabais en una de las encrucijadas de esta selva para huir conmigo á tierras lejanas... ¡Partamos! ¡Partamos! he exclamado. Pero por el camino he reflexionado, he concebido sospechas y en este recodo he dicho á mi siniestro compañero: ¡Traedme á mi Gilberto; yo no paso adelante!... Entonces me ha dirigido aterradoras miradas y creo que ha dicho: ¿Qué me importa tu Gilberto? ¡Sigueme, ó te mato!... y entretanto registraba su seno como buscando un arma oculta, y, si mal no recuerdo, he fijado mi vista en la suya, y cruzando los brazos, le he dicho: Mátame, pero no conseguirás que dé un paso más...

Vladimiro alzó la cabeza.

—¡Cuán falaces son las semejanzas!—dijo con sordo acento.—Conoci en otro tiempo á una mujer que tenía el mismo rostro, y una noche, con el solo poder de mi mirada, la obligué á caer á mis piés gritando: « ¡Vladimiro Paulitch, haz de mí lo que quieras! » Pero vuestra joven amiga tiene el alma de otra estofa. Quizás no me creeréis caballero; pero lo cierto es que su rostro encantador me inspiró súbitamente un respeto involuntario. Me pareció que su cabeza estaba ceñida con una diadema real. En su frente resplandecía la altivez, la cólera henchía sus narices, y mientras erraba por sus labios una sonrisa de desprecio, sus miradas anunciaban el candor de un alma tan pura, como los rayos de la luna que nos alumbra!... Al verla, y recordando á la mujer de quien os hablé ayer, he experimentado un movimiento de horror por la alevosía que había premeditado, y yo, el doctor Vladimiro, me he prosternado á los piés de esta niña, diciéndole: ¡Perdóname, soy un miserable! ... En seguida, he tomado una fuerte dosis de un veneno compuesto por mí contra el cual no

hay antidoto conocido, y dentro de dos horas habré dejado de existir.

Gilberto le miró fijamente.

« ¡ Ah! ¡ gran Dios! pensó, no era la vida, sino el honor de Estefanía, lo que peligraba! Realizóse el milagro ofrecido; sólo que en lugar del que esperaba el padre Alejo, ha sido obra del Dios de la naturaleza.»

Estefanía se acercó á él y cruzando las manos:

— ¡ Gilberto, Gilberto—murmuró—huyamos, huyamos juntos, todavía es tiempo!

Pero él:

— ¡ Todo lo adivino!

Y volviéndose á Vladimiro:

— ¡ Seguidme, doctor!—le dijo en tono de autoridad.— Bueno será que el conde Kostia recoja vuestro último suspiro.

Vladimiro reflexionó un momento; luego levantándose:

— Tenéis razón, es preciso que le vea antes de morir; pero dadme el brazo, porque el veneno empieza á obrar, y tengo las piernas entorpecidas.

Se pusieron en marcha precedidos á corta distancia por Estefanía. De vez en cuando Vladimiro exclamaba:

— ¡ Morir! ¡ no respirar más! ¡ no ver más el sol! ¡ no acordarse más! ¡ olvidar todo!...

Y añadió:

— Sólo una cosa turba mi felicidad; ¡ no estoy bastante vengado!

Al fin, espiró la voz en sus labios y le flaquearon las piernas. Fué menester que Gilberto se lo cargase en hombros; y estaba á punto de sucumbir bajo el peso, cuando vió llegar al padre Alejo muy sofocado. No le dió tiempo para tomar aliento:

— ¡ Coged á este hombre por los piés!—le gritó.— ¡ Yo le sostendré por las espaldas! ¡ En marcha, padre mío, en marcha! ¡ Va en ello la vida de todos nosotros!

El padre Alejo se apresuró á hacer lo que Gilberto le

indicaba y se pusieron nuevamente en camino. Andaban todos con la cabeza baja, guardando fúnebre silencio, á excepción de Estefanía que con su gorrilla calada hasta los ojos, pronunciaba, á ratos, palabras sin ilación, y de vez en cuando miraba á Gilberto de reojo ó cambiaba sombrías miradas con la luna. Llegados al castillo, átravesaron el patio y subieron la escalera sin encontrar á nadie; pero al entrar en el vestibulo del primer piso, cuyos faroles todos estaban encendidos, oyeron ruido de pasos en el corredor que conducía á la torre cuadrada.

— ¡ M. Lemnof está de vuelta!—dijo Gilberto sobresaltado.— Padre Alejo, transportad este hombre á su aposento. Voy á hablar un momento con el conde. Dentro de un instante, le traeré conmigo.

Y cogiendo á Estefanía del brazo:

— ¡ En nombre del cielo, alejaos!—le dijo al oído.— ¡ Bajad á la terraza; manteneos oculta! ¡ No conviene que vuestro padre os vea antes de que me haya oído!

— ¿ Crees tú, acaso, que tengo miedo?—contestó ella.

Y, escapándosele, se lanzó corriendo por el corredor.

Entretanto el padre Alejo acababa de entrar en el aposento de Vladimiro, á quien sostenía con gran trabajo en sus trémulos brazos. En el momento que le echaba en la cama, llegó hasta ellos una voz que profería estas terribles palabras:

— ¡ Ah! ¡ esto es insultarme demasiado!... ¡ Que muera!

Y un grito agudo rasgó los aires; siguiéndole un ruido sordo como el que produce un cuerpo al caer pesadamente sobre el enlosado.

El padre Alejo miró horrorizado á Vladimiro.

— ¡ No te bastaba con la madre—exclamó—acabas de matar á la hija!

Y se lanzó despavorido fuera del aposento.

Vladimiro se sentó. Una alegría infernal iluminaba su rostro; y recobrando el uso de la palabra:

— ¡ Mi venganza es completa!—murmuró.

Pero, al decir esto, se le escapó un gemido; el veneno empezaba á abrasarle las entrañas. No obstante, olvidó su padecimiento, viendo aparecer al conde, seguido del capellán y llevando en la mano una espada que tiró á un rincón.

—Conde Kostia—exclamó el moribundo—¿qué has hecho de tu hija?

—La he matado—contestó concisamente interrogándole con la mirada.

Vladimiro permaneció callado un momento.

—Mi buen amo, te acuerdas—dijo—¿te acuerdas de aquella Paulina á quien amaba? ¿Te acuerdas también de haberme visto arrastrar á tus piés clamando: ¡gracia! ¡gracia para ella y para mí? Mi buen amo ¿habrías olvidado acaso la esquina de una calle donde un día me dijiste: esa joven es encantadora, pero si vuestro matrimonio no queda roto antes de que anochezca, mañana sabrá quien eres tú...! Aquel día, Kostia Petrovitch, estabais risueño y pareciais feliz... Decidme, Kostia Petrovitch, ¿os acordáis?

El conde sólo contestó con una desdeñosa sonrisa.

—¡Oh, el más sencillo y crédulo de los hombres!—pursiguió Vladimiro—¿cómo habéis podido creer que yo apuraria hasta las heces ese cáliz de dolor y de vergüenza, y que no me vengaría del que se sonreía al hacérmelo apurar?

—¡Seis meses después, me salvaste la vida!—dijo el conde encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Porque tus días valían mucho para mí! ¡Desconoces acaso las ternuras del odio! Quería que vivieses y que tu vida fuera un infierno...

Y añadió jadeante:

—El amante de la condesa Olga... era yo.

El conde vaciló, como herido por un rayo. Se apoyó en el respaldo de una silla, para no caer; y luégo, abalanzándose á una mesa, cogió una botella llena de agua, y be-

biendo á pote, la vació de un trago. Entonces, con convulsivo acento:

—¡Mientes!—dijo.—La condesa Olga no ha podido nunca ser querida de un siervo!

—Más memoria, Kostia Petrovitch. Olvidáis que, á sus ojos, yo no era un siervo, sino un doctor ilustre, una especie de grande hombre... No obstante, quiero consolarte. La condesa Olga no me amaba más de lo que la amaba yo. Mis miradas misteriosas y mis amenazas tenían como hechizada su pobre imaginación, se moría de miedo entre mis brazos, y cuando al terminar un dulce coloquio, le dije: «Olga Vassilievna, vuestro amante es un siervo...» creyó morir de vergüenza y de horror.

El conde dirigió á su siervo una mirada de indecible asco, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para dirigirle otra vez la palabra:

—¡Imposible!—le dijo.—Aquella carta que me dirigiste á París...

—Temía que ignoraseis vuestro deshonor, y por otra parte, ¿qué me importaba la vida?

M. Lemnof se volvió hacia el capellán que permanecía en pié en el fondo del aposento.

—Padre Alejo, ¿dice este hombre la verdad?

El capellán se inclinó en silencio.

—¿Es posible, sacerdote imbécil, que hayas arrostrado la muerte y martirio, para prolongar la existencia de un miserable gusano?

—Poco me importaba su vida—contestó con dignidad el capellán;—pero, si mucho mi conciencia y el inviolable misterio de la confesión.

—¿Y dos años seguidos has sufrido, sin advertírmelo, que mi enemigo mortal viniese á cobijarse bajo mi techo?

—Ignoraba su historia y que tuviera motivos para odiaros. Creía que una loca pasión le había inducido á ser traidor á la amistad, y que procuraba expiar su falta con sus asiduos cuidados.

—¡Pobre ilota!—dijo el conde abrumándole con una mirada de piedad.

Entonces Vladimiro prosiguió, con voz cada vez más débil:

—Desde la hora maldita en que me arrastré á tus piés sin lograr enternecer con mis lágrimas tu empedernido corazón, aborrecía la existencia. El sentimiento de que te pertenecía, era un suplicio de cada momento. Si me preguntas por qué he diferido mi muerte tanto tiempo, te contestaré que, quedándote una hija, mi venganza no era completa. Hé dejado que esa niña llegase á mujer, y cuando el reloj del destino ha señalado la hora que yo esperaba, me ha faltado de repente el valor, he concebido escrúpulos de que todavía me he admirado... ¿Qué digo? Bendigo mi debilidad, pues te he traído una víctima pura y sin mancha, y su virginal inocencia aumenta el horror de tu delito... ¡Ah! dime, el acero con que le has atravesado el corazón, ¿no es acaso el mismo con que heriste á Morlof? ¡Oh! ¡era una espada verdaderamente predestinada!

Los ojos del conde Kostia brillaron. Sintió como un presentimiento de que por fin se iba á ver libre de aquella duda fatal que durante tantos años emponzoñaba su existencia; y fijando en Vladimiro su mirada de buitre:

—Esa joven, ¿no era acaso mi hija?—dijo.

Vladimiro se desabrochó el cuello, rasgó el forro con sus uñas, y sacó un papel plegado en ocho dobleces, que arrojó á los piés del conde.

—¡Recoge esa carta!—le gritó.—La letra te es bien conocida. Quería hacer que te la entregase tu hija deshonrada; ahora, vete á leerla al lado de tu hija muerta!

M. Leminof recogió la carta, la desdobló y la leyó hasta la última letra, con firme y tranquila mirada. Las primeras líneas estaban concebidas en estos términos:

«Vil esclavo, tus impuros abrazos me han hecho madre. Enorgullécete y sé feliz. Me has revelado que la maternidad puede ser una tortura. En mi ignorante sencillez, no

había conocido hasta hoy sino esa maternidad que es una embriaguez, un orgullo, una virtud, la que Dios y su iglesia miran con complacencia, la que los ángeles abrigan con sus blancas alas. Cuando por primera vez sentí removerse en mi seno á mi Esteban y á mi Estefanía, mis entrañas se estremecieron de alegría, y no encontraba palabras bastante expresivas para bendecir al cielo que recompensaba al fin una esperanza alimentada durante seis años; pero, en este momento, no es una criatura lo que llevo en mi seno, es un crimen, quisiera arrancarlo de él con unas tenazas y arrojártelo humeante al rostro...»

Esta carta de cuatro páginas esparció la luz y llevó el convencimiento al espíritu del conde Kostia.

—Era verdaderamente hija mía—dijo con frialdad.—Felizmente, no la he matado.

Salió del aposento, y al breve rato volvió en compañía de Gilberto, llevando en brazos á su hija pálida y sin orden el cabello, pero viva. Se adelantó hasta el centro de la habitación; y allí, como si hablara consigo mismo:

—Este joven es mi genio protector. Al arrancarme la espada nos ha salvado á ella y á mí. Esta pobre niña ha tenido miedo, ha caído desplomada; pero no se ha causado el más mínimo daño. Ya lo veis, está viva, tiene los ojos abiertos, oye, respira. Mañana sonreirá... mañana, todos seremos felices.

Luégo, arrastrándola hasta la cabecera de la cama, llamando á sí á Gilberto, enlazó sus diestras, y, en pié detrás de ellos, atrayéndolos hacia sí con sus poderosos brazos, asomando su cabeza por entre los dos jóvenes, les obligó, á pesar suyo, á inclinarse con él hacia el moribundo.

Gilberto y Esteban cerraron los ojos. Los del conde y de Vladimiro estaban completamente abiertos y se devoraban uno á otro. Las pupilas del amo brillaban como dos antorchas; los ojos del siervo estaban hundidos, vidriosos, pintándose en ellos el espanto, mezclado con el horror á la

muerte. Como si estuviera petrificado, murmuró, con moribundo acento:

—Me he perdido. He destruído mi obra. Mañana, mañana, serán felices...

Sus ojos invadidos ya por la sombra eterna, despidieron una postrera mirada impregnada de odio; después, todas sus facciones se contrajeron, torcióse su boca, y exhalando un grito espantoso, dejó de existir.

Entonces, el conde se incorporó lentamente. Dejó caer sus dos brazos con los que oprimía á entrambos jóvenes con un tornillo viviente, y Estefanía reclinó su cabeza sobre el pecho de Gilberto. Sobrecogida, pálida, con la mirada despavorida, ebria de gozo y de terror á la vez, asiéndose á su amigo como un náufrago á la tabla de salvación:

—En la vida á que me condenáis, padre mío, dijo con voz casi imperceptible, las alegrías son tan terribles como los dolores!

El conde dijo á Gilberto:

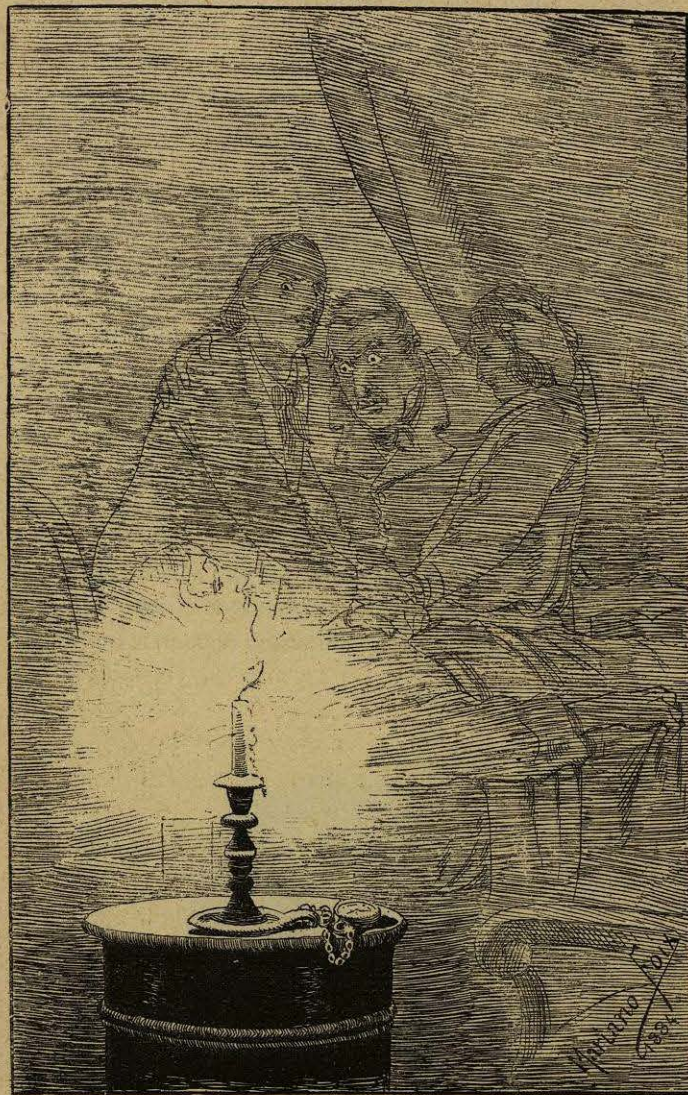
—Tranquilizadla; que se reponga de su emoción. Es vuestra, os la he dado; no temáis que os la vuelva á quitar...

Luégo, volviéndose hacia la cama:

—¡Qué punzante espina acaba la muerte de arrancar de mi corazón!

Entre tan trágicas emociones, ¿quién no cabía en sí de gozo? El padre Alejo, y ya no se preocupaba en ocultarlo. Iba y venía, removía los muebles, se pasaba la mano por la barba, se golpeaba el pecho, y de pronto, en los arrebatos de su pasión, se arrojó sobre Estefanía y sobre Gilberto y los colmó de caricias y abrazos. Finalmente, precipitándose á la cabecera del fúnebre lecho, cogió la cabeza del difunto entre sus manos y le besó la boca y las mejillas, diciéndole:

—¡Pobre hermano mío! Tal vez has sido más desgraciado, que culpable. Ojalá puedas un día, por los insonda-



bles misterios de la misericordia infinita, recibir de Dios, como lo hago yo ahora, el ósculo de paz!

Arrodillándose, en seguida:

—¡Santa madre de Dios, bendita seáis!—exclamó.—Me habéis concedido más de lo que yo me atreviera á suplicaros.

En el mismo instante, Iván, libre al fin de su prolongado letargo, apareció en el umbral de la puerta. Durante algunos minutos, permaneció clavado en ella por la admiración, y paseó en derredor suyo miradas despavoridas, luégo, arrojándose á los piés de su amo, mesándose los cabellos:

—Amo y señor, no he desobedecido vuestras órdenes. Ese hombre había mezclado en mi thé no sé qué droga, que me ha adormecido. Amo y señor, matadme; pero no digáis jamás que he sido un traidor!

—¡Levántate—contestó jovialmente el conde—levántate, te digo! No te mataré; yo no mato á nadie. Hijo mío, eres un utensilio enmohecido. ¿Quieres saber qué haré de ti? ¡Te pondré en la canastilla de boda de la señora de Gilberto Savile!

